

La urgencia de la gracia — Los objetos de la gracia

Lucas 14:16-24

Edward DENNETT

biblicom.org

Índice

1 - La gracia en el Evangelio según Lucas	3
2 - Los objetos de la gracia	4
3 - Se puede añadir 2 observaciones	6

1 - La gracia en el Evangelio según Lucas

Christian's Friend, vol. 11, 1884, p. 167

La gracia es característica del Evangelio según Lucas. La parábola de la gran cena ofrece una ilustración muy llamativa de su carácter apremiante. Durante la preparación de la cena, se dice simplemente que el anfitrión «invitó» a muchos; el siervo enviado a los convidados les dijo simplemente: «Venid». Pero después de que todos declinaron su invitación, «el amo de casa se irritó y dijo a su siervo: Sal ahora mismo por las calles de la ciudad, y trae aquí a pobres...». Luego, como aún quedaba sitio, se ordenó al siervo que fuera «por los caminos y vallados, y obliga a entrar... para que se llene mi casa».

Esta gradación en la naturaleza del mensaje: «Venid», «trae aquí» y «obliga a entrar» –es muy instructiva.

Un par de palabras bastarán para explicarlo. La interpretación generalmente aceptada, a la que nos adherimos plenamente, es que la primera invitación se dirige a la nación judía como tal, la segunda al remanente, tras el rechazo de Cristo por «los suyos», y la tercera a los gentiles. Vemos que la maldad del hombre no hace sino intensificar la actividad del corazón de Dios. Ciertamente fue por gracia que Cristo fue presentado a los judíos, aunque fuera el cumplimiento de la promesa. Ante el desprecio de su gracia, se podría pensar que Dios se habría retirado, por así decirlo, a su propio círculo de bendición, rechazando por completo al hombre. Pero no fue así, pues su corazón anhelaba bendecir a los objetos de sus designios de amor y redención; por eso «introdujo» a los pobres del rebaño, por el poder del Espíritu, en Pentecostés, cuando se predicó el Evangelio en Jerusalén. Pero esto no satisfizo la amplitud de sus deseos, y desde aquel día hasta la venida del Señor, trabaja y trabajará para «obligar» a entrar a los pobres pecadores; no descansará hasta que su Casa esté llena, hasta que no quede un lugar vacío. Preguntémonos si estamos abrazados por este carácter apremiante de la gracia en nuestro trato con los no salvos. Nunca debemos olvidar que cada creyente está destinado a ser una expresión del corazón de Dios para el mundo. También podríamos preguntarnos: los escasos resultados de la predicación del Evangelio en muchos lugares, ¿no se deben a que ahora no comprendemos bien la naturaleza de la gracia que se dirige a los pecadores? Si la comprendiéramos, no esperaríamos los esfuerzos del hombre, sino solo el poder del Espíritu de Dios. Solo él puede obligar a los pecadores a entrar.

2 - Los objetos de la gracia

Christian's Friend, vol. 11, 1884, p. 186.

En este capítulo es interesante observar cuáles son los objetos de la actividad de la gracia que brota del corazón de Dios. Por una parte, se incluye a todos los hombres, «porque Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo único»; «en él había vida; y la vida era la luz de los hombres» [Juan 3:16; 1:4](#). Por otra parte, hay una restricción, expresada por el Señor cuando dice, por ejemplo: «No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento» ([Lucas 5:32](#)). Lo mismo ocurre en este capítulo. Mientras el Señor estaba sentado en casa del fariseo, le dijo: «Cuando hagas una comida o una cena, no lames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; ... Pero cuando des un banquete, llama a pobres, a mancos, a cojos y a ciegos» (v. 12-13). En cierto modo, había que dejar a los que tenían derecho social y de parentesco, e invitar a los que tenían las características indicadas; no tenían derecho y estaban necesitados en estado de sufrimiento. Por eso, cuando el «hombre» (que representa a Dios) que está organizando una gran cena ve que sus primeras invitaciones son rechazadas, dice a su criado: «Sal ahora mismo por las plazas y las calles de la ciudad, y trae aquí a pobres, mancos, ciegos y cojos» (v. 21). Si consideramos estos 2 aspectos, aprenderemos lecciones útiles para nuestra edificación y nuestra conducta.

En primer lugar, aprendemos que las clases representadas por estas 4 palabras (pobres, mancos, ciegos y cojos) son los objetos particulares del corazón de Dios, a quienes su gracia busca activamente por medio del Evangelio. Entonces, ¿de quién estamos hablando?

Los pobres no son exactamente como los llama este mundo, sino los pobres de espíritu ([Mat. 5:3](#)), que son conscientes de su pobreza ante Dios, sea cual sea su posición o situación terrena. En efecto, el mayor número de ellos se encuentra entre los que llamamos pobres (comp. [Lucas 4:18; 1 Cor. 1:26-29](#)), pero, por la gracia soberana de Dios, se encuentran en todos los rangos de la sociedad. El verdadero significado de «pobre» se encuentra en el contraste trazado por el mismo Señor: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios.... Pero ¡ay de vosotros, ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo» ([Lucas 6:20-24](#)). Lo vemos de nuevo en lo que Abraham dijo al rico atormentado. Le dijo: «Hijo, recuerda que en tu vida recibiste tus bienes, como Lázaro sus males» ([Lucas 16:25](#)). Las cosas del mundo no tienen ningún atractivo para estos pobres: sienten que no tienen nada que dar a Dios y que

nada pueden aportarle. Sin embargo, no debemos olvidar que los verdaderos pobres han sido, son y serán siempre objeto especial del cuidado y el amor de Dios (véase, por ejemplo, Lev. 19:9-10; 23:22; Sal. 72:12-14; Sant. 2:5).

Los otros términos son sencillos. Los «mancos» sufren mayores o menores minusvalías en su cuerpo; los «cojos» son incapaces de caminar correctamente, y los «ciegos» son incapaces de ver. Al considerar la apariencia típica de estos términos, percibimos el carácter de aquellos con quienes Dios se preocupa particularmente en el Evangelio de su gracia. Estas fueron las mismas clases que estaban atraídas hacia el Señor cuando estuvo en la tierra –no aquellos que estaban sanos (porque no tenían necesidad de un médico), sino aquellos que estaban enfermos– no aquellos que eran justos, o que sentían que tenían mérito como los escribas y fariseos, sino los publicanos y pecadores. ¡No! la gracia no atrae a los que se creen ricos, y podemos añadir que no se ocupa de ellos: solo le interesan las almas miserables, indigentes, necesitadas. Porque la gracia, que es en sí misma un don, se complace en dar, en hacer ricos a los pobres, fuertes a los impotentes y plenos a los que nada tienen.

Al reflexionar sobre este punto, no podemos menos que exclamar: ¡Qué corazón el del Dios de toda gracia! ¡Qué tierna compasión! Porque ahora, pasando por alto todo lo que los pecadores son y han hecho, tan pronto como se vuelven por fe al Señor Jesús, él se deleita en dar y bendecir según los infinitos pensamientos de su propio corazón y mente. Es más, incluso cuando están sumidos en el dolor y la miseria, les proclama la buena nueva del Evangelio y, por medio de los embajadores de Cristo, les ruega que se reconcilien con él. Esta es la respuesta de Dios, que obra al mismo tiempo para gloria de su Hijo amado, según sus pensamientos eternos, y para responder a la necesidad, al sufrimiento y a la miseria del hombre.

En segundo lugar, aprendemos que el pueblo de Dios debería ser la expresión de su corazón para esas mismas clases de personas. Esto es exactamente lo que el Señor dijo al fariseo a cuya mesa estaba sentado: «Cuando hagas una comida... no llames a tus amigos... llama a pobres». El cristiano, en este día de gracia, está llamado a representar a Dios. Este principio se encuentra en todas las dispensaciones, a saber, que el pueblo de Dios debe actuar con los que le rodean de acuerdo con la revelación que él tuvo a bien hacer de sí mismo. Así, un judío debía ser una expresión del Señor, de un Dios justo; y un cristiano debe presentar a Dios revelado en Jesucristo.

Debemos aplicar esta verdad cuidadosamente. Como hemos visto, el Señor enseña que Dios invita a ciertas clases de personas, cuando hace un banquete; por lo tanto, cuando hacemos un «banquete», debemos estar en comunión con su corazón

y mente. Aprenderemos en el próximo capítulo que la mesa que él pone está en su Casa, la Casa del Padre; es allí donde todos los que aceptan su invitación están llevados a regocijarse con él en su propio gozo. En una palabra, el Evangelio, emanando de su presencia, lleva a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos de vuelta al lugar de donde él fue enviado, y les concede el inefable privilegio de estar en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

Entendiendo esto, podemos preguntarnos –y especialmente a los evangelistas entre nosotros– si hemos tenido suficientemente presente esta instrucción del Señor, es decir, si hemos tenido ante nosotros a estas categorías de personas al proclamar el Evangelio. En los informes sobre la actividad religiosa, vemos que algunos se dirigen a los jóvenes, otros a los ancianos, o a los ricos, o a los pobres. Pero Dios busca siempre a todos los necesitados y a los que sufren, a los indigentes y a los ciegos. Así sucedió con el Señor mismo: «Venid a mí», dijo, a todos los que están trabajados y cargados (véase [Mat. 11:28](#)); todos estos, en todas las categorías, fueron siempre objeto de su corazón. Tampoco nuestro corazón debe moverse en un círculo más estrecho que el suyo; y si, actuando según nuestros pensamientos, reducimos este círculo, aunque solo sea en una ocasión, dañaremos nuestras almas y distorsionaremos el carácter universal de su gracia.

3 - Se puede añadir 2 observaciones

En primer lugar, para toda persona observadora (pues la sabiduría es justificada por todos sus hijos), es evidente que una bendición especial de Dios recae siempre sobre quienes procuran llevar el Evangelio a las almas pobres, desdichadas, infelices e indigentes. Muchas actividades de este carácter –de otro modo no serían recomendables– han tenido tal número de conversiones que deberían despertar la atención de quienes tienen más conocimiento de la Palabra de Dios. A la inversa, es igualmente evidente que cuando los cristianos o los siervos han descuidado estos objetos de la gracia de Dios, les ha sobrevenido una decadencia espiritual y sus trabajos han sido infructuosos.

En segundo lugar, cuando el Señor estaba en la tierra, estas mismas clases de personas de las que habla aquí, eran numerosas entre los publicanos y pecadores –ya lo hemos señalado–; eran ellos los que se sentían atraídos y venían a sus pies. ¿Qué ha sucedido para que hoy no se sientan igualmente atraídos por la predicación de sus siervos y de su pueblo? ¿Ha perdido la gracia algo de su belleza o de su poder? ¿O es

porque fallamos tristemente en su presentación? Es cierto que la mente de la carne es enemistad contra Dios, pero así era en los días del Señor, y así demostró ser en su rechazo y crucifixión. Sin embargo, la poderosa gracia que fluía de sus palabras y de su vida se apoderó de los corazones más viles y los atrajo irresistiblemente a sus pies (véase [Lucas 7:36-50](#)).

Y, gracias a Dios, la misma poderosa operación de su gracia puede verse todavía; pero ¿por qué tan raramente? Sin duda, estos versículos darán mucho que pensar a todo el mundo. Sería aún más afortunado que llevaran a muchos de nosotros a juzgarnos a nosotros mismos.

¡Que Dios intervenga con poder y haga de nosotros una demostración viva de su gracia en medio de un mundo pecador!